

la muerte, rabiosos por los tormentos que, al principio sobre todo, por ser mayor la fuerza de la vida, eran más sensibles y violentos, revolviéronse contra todos, como suele suceder en estos casos, y también contra el que era objeto de la rabia general, contra su compañero de penas.

Dimas y Gestas son los dos nombres que comúnmente dan a estos ladrones, y suele suponerse que el bueno era Dimas y estaba crucificado a la derecha, y el malo Gestas, a la izquierda. Están estos nombres sacados del Evangelio apócrifo que se llama de Nicodemus, y acaso serían los verdaderos, aunque otros apócrifos ponen otros.

Gestas, pues, decía al Señor:—¿No eres tú el Cristo? Sálvate, pues, a tí y a nosotros.

Pero Dimas, que comenzó blasfemando, cayó en la cuenta de que aquel crucificado no era como ellos. Y viendo su divina paciencia, oyendo su magnánima oración a su Padre, considerando su mansedumbre augusta en nada semejante a su impaciencia, y recordando lo que desde antes sabía del Nazareno, persuadióse que aquel crucificado era algo más que ellos, algún ser superior, Rey, sin duda, aunque los judíos se riesen de tal título, Dios de seguro, e Hijo de Dios, por más que blasfemasen los sacerdotes. Y primero calló, y luego viendo que su compañero seguía insultando, vuelto a él díjole increpándole:

«—¿Ni tú temes a Dios, siendo así que estás en el mismo suplicio? Y por cierto nosotros con toda justicia, porque pagamos lo que merecen nuestros hechos. Pero éste no ha hecho mal ninguno».

Y entonces volviéndose con toda reverencia y humildad a Jesús le dijo:

«—Señor, acuérdate de mí, cuando vengas a tu reino».

Preciosa confesión, preciosa adoración, y preciosa oración la de este hombre. En ella con brevísimas palabras confesaba sus delitos, demandaba perdón, reconocía la divinidad y realeza de Jesucristo, y en fin, pedía la salvación de su alma para después de morir. El que siempre oye nuestras súplicas ¿cómo había de desoir las en aquel momento en que efectuaba la redención de las almas? ¡Imposible! Y las primicias fué el alma de este pecador, para infundirnos así más y más confianza.

«Díjole Jesús:

«—En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso».

Por paraíso entienden los judíos jardín, edén, sitio de bienaventuranza. Y sitio de bienaventuranza había de ser aquella tarde el limbo de los justos adonde había de bajar Jesús después de espirar, y lo hubiera sido cualquier sitio donde Jesús glorioso se presentase. Y allá prometió Jesús que llevaría a Dimas, y llevó en efecto en aquella misma tarde, como primicias del fruto de su pasión.

Mas para que de tal modo se avive nuestra esperanza que no desaparezca el santo temor, ved al lado de ese escogido de Dios, ese otro reprobado. Las mismas gracias, exteriormente al menos, tiene, los mismos ejemplos ve, las mismas palabras oye, tan cerca está de la cruz como su compañero. Y sin embargo ¡Gestas se condena donde Dimas se salva!

#### 285. TINIEBLAS DEL MEDIODÍA

(L. 23, 44.45; Mc. 15, 38; Mt. 27, 45)

Era la media noche cuando nació Jesús, y el cielo se llenó de luz y claridad que hicieron aquella noche mucho más clara que el mediodía.

Ahora iba a morir Jesús y el sol se llenó de tinieblas que hicieron al mediodía más oscuro que la media noche.

Porque estando el cielo sereno «el sol se oscureció y las tinieblas se extendieron por toda la tierra y duraron hasta la hora de nona» (es decir, hasta media tarde, o las tres de nuestras costumbres).

Enorme era el crimen que se estaba consumando en Jerusalén. Jamás se había cometido otro que bajo ningún concepto pudiera igualársele. Injusticia estupenda, aun prescindiendo de la divinidad de Jesucristo, dados los innumerables beneficios que el taumaturgo había ido sembrando por toda la tierra, y la inocencia de su vida y bondad de su corazón. Pero injusticia inconcebible si se tiene en cuenta que aquel que estaba condenado a muerte sin pruebas, con un atropello incalificable, era Dios, y había probado que lo

era con su doctrina y con sus milagros evidentes, y con las profecías acerca de su vida.

Era natural que Jehová diese alguna muestra de su enojo por la muerte de su Hijo, y que la naturaleza se conmoviese y perturbase al ser oprimido su hacedor. Por eso el rey de los astros se oscureció! Poco importa que recogiese sus rayos obligado por la omnipotencia divina, o que se interpusiese la luna u otro astro, milagrosamente puesto por Dios contra todas las leyes de la naturaleza; poco que el eclipse se extendiese solo por aquella región, por *toda la tierra* de allí, o por todo el mundo, por *toda la tierra* del orbe, que de las dos maneras se puede explicar y en efecto lo explican los doctos. El Padre daba testimonio de que aquel que moría era en efecto Dios, era el Cristo, era el Mesías, era el que él mismo habíase predicado.

Y el fenómeno fué tan notable que todavía en tiempo de Tertuliano, como este escritor decía, se podía ver en los archivos y anales romanos la descripción de este eclipse, que conmovió sin duda a cuantos lo presenciaron.

286. LA MADRE DOLOROSA  
TERCERA PALABRA DE JESÚS

(J. 19, 25-27)

Seguían las tinieblas espesas dominándolo todo. El sol como avergonzado de iluminar aquella escena de crueldad inaudita y de escandalosas blasfemias había recogido todos sus rayos. Al apagarse los resplandores del sol apagáronse los murmullos incesantes y la gritería ensordecedora de toda la muchedumbre que había subido al Calvario a ver morir ajusticiado al hombre más famoso de toda la Judea.

Ya toda la turba despavorida y sin saber qué pensar de aquella oscuridad, que los había sorprendido cuando menos pensaban, comenzó a diseminarse por el monte y a volver a la ciudad. Cesaron las blasfemias, callaron las injurias, respetaron todos al Crucificado, hicieron sitio al lado de la cruz, que les infundía pavor y remordimiento.

Con esto los amigos que estaban lejos de Jesús pudieron acercarse más, y con más seguridad y confianza hasta la cruz. Nada de esto nos cuentan los otros Evangelistas, pero

San Juan que se halló presente nos dice que se pusieron al lado de la cruz tres mujeres que son María, la madre de Dios, María la de Cleofás, hermana de la Virgen, y María Magdalena. No deja de ser notable, que los otros evangelistas pongan entre los amigos que estaban lejos de la cruz a la madre de San Juan, y que en cambio no pongan a la Santísima Virgen. Y al contrario San Juan en su Evangelio pone al lado de la cruz a la Virgen Santísima y no pone a Salomé su propia madre, de quien nos dice la liturgia que estuvo también allí. ¿Quedaría Salomé lejos de la cruz con los demás cuando se acercó la Virgen María? ¿Estaría la Virgen desde el principio no con aquel grupo de amigos sino en otra parte con San Juan?

No sabemos. Lo cierto y que no puede negarse es que por fin la Virgen con dos de sus amigas, una de ellas cuñada, y con San Juan, el discípulo amado, se acercó a la Cruz y allí de pie estuvo contemplando la pasión de su Hijo. Dice San Juan, contando lo que vió:

«Estaba de pie junto a la cruz de Jesús su Madre y la hermana de su Madre María de Cleofás y María Magdalena».

*Stabat Mater dolorosa  
Fuxta crucem lacrimosa  
Dum pen tebat Filius...*

«Estaba de pie la Madre Dolorosa, llorando junto a la cruz, de la cual pendía el Hijo».

Estaba de pie, y no desmayada, como malamente y sin fundamento lo han creído algunos. Pero lloraba, y lloraba con mucha razón, ¿No había de llorar la Madre viendo al Hijo en tanto tormento, siendo así que el Hijo lloró por los males de Jerusalén, y aun por la muerte de Lázaro? Lloraba traspasada de la agudísima espada que le profetizó Simeón, y agobiada del más profundo dolor que jamás corazón humano ha padecido, podía decir a los que por allí pasaban aquellas palabras de Jeremías:

«—¡Oh vosotros los que pasáis por el camino! a ver si halláis un dolor como el mío!»

Y dónde lo habían de hallar? Acaso ha habido madre más madre que María, ni de Hijo mejor hijo que Jesús, ni alma que deba tanto a su Dios, ni entendimiento que le

conozca mejor, ni corazón que le ame más de veras, ni espíritu que haya visto a su hijo amado en más acerbos dolores?

Corredentora nuestra fué la Madre de Dios desde que empezó a ser madre, asociándose voluntariamente a la obra de la redención, y dándonos aquel hijo suyo que había de ser el precio de nuestra redención. Mas así como la obra por excelencia redentora de Jesucristo fué la pasión y muerte, así también ésta fué la hora en que nuestra Madre hizo de un modo especial este oficio con nosotros.

Al pie de la cruz donde Jesucristo nos estaba redimiendo estaba la Madre dolorosa de pie y constante, ofreciendo a su Hijo y ofreciéndose a sí misma sacrificada con su Hijo por la salvación del género humano. ¡Veis ahí a nuestra segunda Eva, mucho más madre nuestra que la primera! la cual no busca el placer del fruto prohibido, ni obliga a Adán a prevaricar y dar la muerte a todos sus hijos que de él habían de nacer, sino que llena de resignación y de dolores acompaña al nuevo Adán a su muerte y ofrece para ella al Hijo queridísimo de sus entrañas, para que de este modo Jesucristo dé la vida a innumerables pecadores, a cuantos por el pecado de Eva, que hizo pecar a Adán, habían muerto.

Eva al pie del árbol prohibido, tentada por el demonio, hizo caer a Adán, y por esta caída trajo la muerte y quitó la gracia a todo el género humano. María, hecha Madre de Dios por su asentimiento al ángel, hoy al pie del árbol bendito de la cruz arrojó su dolor y el del Hijo que era mayor que el suyo propio, y así redimió o más propiamente corredimió con su hijo el Redentor al género humano.

No fué propiamente Eva la que hizo pecar al género humano, y si sólo ella hubiera pecado, no por eso hubiera pecado el género humano, pero haciendo pecar a Adán que era nuestra cabeza, fué causa de la caída de todos los hombres. Tampoco fué María la que salvó al género humano, y si ella sola hubiera padecido no por eso el género humano hubiera sido salvo y redimido. Pero engendrando, educando y ofreciendo a su Unigénito, por medio de Jesús nos redimió, y *compadeciendo* con él nos *corredimió* con él

en la cruz, y logró ser asociada, en cuanto una criatura puede serlo, a la gran obra de la redención del linaje humano.

Y así como en Adán por Eva todos pecamos y morimos, así en Cristo por María todos somos salvos y santificados.

He aquí la dulcísima figura de nuestra Madre María puesta junto a nuestro Padre Jesús, nuestra Corredentora junto a nuestro Redentor. Nuestra Madre de gracia junto al Autor de la gracia. María junto a Jesús.

Eva inauguró una época infeliz en que el malvado Caín mató al inocente Abel.

María está inaugurando otra nueva era en la que el justo Abel con su sangre redime a su ofensor Caín.

Advirtió muy pronto el Hijo la presencia de la Madre. Vió junto a ella al discípulo amado, único acaso que de todos los discípulos se acercó hasta la cruz por no dejar sola a la afligida Madre. Abrió sus ojos, y fijándolos en su Madre y en el discípulo amado que estaba junto a ella, dijo a su Madre acaso haciendo alguna indicación con su cabeza:

«—¡Señoral he ahí tu hijo!

»Y enseguida dijo al discípulo:

»—¡He ahí a tu madre!»

Triste era en verdad el cambio. La madre perdía a Jesús y recibía en cambio a Juan. En vez de su hijo Dios, el hijo del Zebedeo. Pero el hijo de María, modelo de hijos, no quiso ni aun en lo humano dejar a su Madre huérfana y desamparada. Y por eso se la recomendó a Juan, encargando al discípulo amado, a quien tal vez con este objeto había siempre distinguido, como hermano especial entre todos los discípulos, que en adelante mirase por esta señora que quedaba no solo viuda de San José, que había ya muerto hacía tiempo, sino también sin su hijo único.

Al propio tiempo consideran los doctores de la Iglesia, y este modo de pensar se ha hecho ya común y ordinario entre los fieles, que San Juan en aquella ocasión representaba a todo el género humano, y que en su persona el Salvador nos recomendó a todos queuviésemos a su Madre por nuestra Madre, y encargó a su Madre que nos tuviese a todos por hijos suyos.

¡Oh! y ¡cuántos nos salvamos por virtud de esta última recomendación de Jesucristo a su Madre!

¡Oh Madre de Dios, y Madre de todos los hombres! Sálvanos a los pecadores por la sangre del Justo! Salva a tus hijos miserables por la gracia de tu Hijo misericordioso!

Con dulcísima gratitud y amor escuchó San Juan el encargo de Jesucristo. Y dice el mismo San Juan «que la recibió consigo». Y consigo la tuvo cuidándola como hijo hasta que murió, por lo cual también no figuró tanto en el apostolado en los primeros tiempos como otros compañeros suyos.

### 287. ABANDONO DE JESUCRISTO

#### CUARTA PALABRA

(Mc. 15, 33; Mt. 27, 46)

A estas palabras y a esta tristísima escena siguióse profundo silencio en el Calvario. Las tres cruces seguían clavadas en tierra. Los soldados sentados las rodeaban custodiándolas. Tras de ellos la Madre, San Juan y las compañeras de la Virgen contemplaban a Jesús, en silencio.

Empezaban las últimas y más terribles horas de agonía.

Dice San Lucas al contarnos las tentaciones de Jesús en el desierto, que el demonio huyó de él entonces *hasta la ocasión*. Y conjeturan los expositores que las principales fueron en el jardín de Getsemaní y en la cruz en estas horas de agonía.

En ellas Jesucristo, cumplidos todos los oficios de orar por sus enemigos, de absolver al buen ladrón y de despedirse de su Madre amada, quedó solo consigo mismo en medio de aquellas tinieblas y silencio mortal únicamente interrumpido de vez en cuando por algunos quejidos de los otros ajusticiados que alternaban con el murmullo de los guardias y las observaciones de los curiosos que aún quedaban a ver el fin. Reconcentróse el alma santísima de Cristo, y comenzó a recordar lo que en el brevísimo espacio de dieciséis horas había pasado de tribulación, de dolor y de afrenta.

Entrad reverentemente dentro de aquel Corazón Santí-

simo, y ved el abismo negrísimo de dolores que en él se depositó durante todo aquel día! Él durante tres años había hecho innumerables beneficios a todo el mundo, y había luchado y vencido a los Judíos, Sacerdotes y Fariseos. Cuando le quisieron confundir con su ciencia, los confundió con su sabiduría; cuando le quisieron ahogar con sus piedras, los burló con su omnipotencia; cuando le armaron lazos de fraude, los esquivó con su prudencia; cuando los encontró profanando el templo, los dispersó con su látigo; siempre que quiso, frustró sus planes y asechanzas diabólicas con su divino poder. Quisieron estorbarle el triunfo del Domingo de Ramos y Él prevaleció con su gracia. ¡Qué triunfo aquél tan espléndido y mesiánico!

Mas ahora por fin ¡parecía cogido en sus redes, humillado, vencido!

Parece que se le podía decir: Tú no eras el Cristo! tú no eras el Hijo de Dios! Imposible! si lo fueras no estarías en esa cruz; no te hubieran vencido. Y si no eras el Cristo, eres un impostor, un maldito que nos ha engañado.

¡Horrible derrota! La fantasía le presentaba todo lo que le había sucedido con los más negros colores. Traiciones, ingratitudes, abandonos, rabias, crueldades, injurias, calumnias y persecuciones de todas clases habían descargado sobre él como furiosa tempestad sus amarguísimas olas.

Veíase el Salvador como el naufrago que perdido en la inmensidad da voces y no es oído, y cada vez que despier-ta de su desesperación vuelve a pedir socorro y no es escuchado.

«Señor, decía, como predijo el Salmista, cómo se han multiplicado los que me atribulan! cuántos se levantan contra mí!... He venido a lo profundo del mar y la tempestad me ha sumergido!... Sálvame, Jehová, porque las aguas han entrado hasta mi alma!... Estoy pagando lo que no he robado».

Y si dejando lo presente y lo pasado miraba a lo futuro, acrecentábase su dolor sobremanera. Porque no vió como desde el monte de la tentación, reinos futuros iluminados de resplandor, sino que en aquella hora el demonio debió de agolpar ante su fantasía todas las horrruras y todas las heces de nuestras ingratitudes y pecados. Qué horror! como

aves nocturnas que salen a favor de las tinieblas y cruzan errantes por el espacio, así por encima de la cabeza de nuestro Salvador crucificado cruzaban en informe procesión el enjambre de nuestros innumerables inmundos pecados. Interminables hileras de deshonestos, de mujerzuelas desvergonzadas, de jóvenes petulantes, de muchachos simples, de viejos consumidos, cuerpos encanijados, rostros libidinosos, y almas agostadas; turbas disformes de blasfemos, con infernal algarabía, tropas de escandalosos y explotadores de conciencias humanas, regimientos de codiciosos y avaros, usureros y falsificadores, jueces y magistrados venales y ladrones. Y luego los iracundos, y los glotones, y los envidiosos, y los sacrílegos, y los indiferentes, y los esposos infieles, y los hijos indóciles, y los padres indolentes y en fin, todos los pecadores. Aquello era interminable...

Y como su vista divina era agudísima, penetraba todo lo porvenir, y veía a todos y cada uno de nosotros pecadores, como si estuviese allí presente... ¡Allí estaba yo!... allí afligiendo con mis ingratitudes al Corazón de mi Redentor!

Avivaba sin duda ninguna el demonio tentador la fantasía del crucificado presentando ante su vista con fulgores infernales estos tres cuadros de lo pasado, del presente y de lo futuro, a cual más horribles. En vano volvía sus ojos al cielo. ¡El cielo estaba cerrado para él!... ¡Oh profundo misterio! ¡El Padre estaba como retirado de su Hijo!...

Y aunque ninguna tentación del demonio, por fuerte y por insistente que fuese, podía hacer pecar a Jesucristo, que era impecable; pero podía atormentarle en lo que no fuese pecado. Y así es verdad que entonces el Salvador, aunque de ningún modo desesperó de su Padre y de su Dios, como algunos herejes han delirado; pero en aquella hora sufrió muchísimo viéndose por todas partes abandonado. Los hombres lo habían dejado por completo indefenso y desamparado. Y su Padre lo había dejado a merced de sus más odiosos enemigos, sin dar muestra ninguna de que él era su Hijo amado. Lo único que había hecho en su favor era oscurecer el sol. Pero por lo demás bien podían decir sus enemigos con aquella amarguísima ironía con que se lo habían dicho: «Confía en Dios; que le libre si le quiere; ya que decía: Soy hijo de Dios».

Al ver y considerar, pues, el Señor este abandono completo en que estaba en medio de la más horrible tempestad que jamás hombre ninguno haya sufrido, no quiso ya seguir en silencio, y al cabo de dos horas, de sufrir sin quejarse, sintiendo su alma amargada con las heces de las más tristes derrotas, oprimiósele el pecho, estrechósele el corazón, mucho más que en el huerto de Getsemaní, y exprimiendo sus ojos y alzando su mirada al cielo, y temblando de hastío, de pavor y de cansancio, dió de repente una gran voz que resonó por todo el monte diciendo:

«—Eloí! Eloí! lamná sabacthani?»

»Es decir:—Dios mío! Dios mío! Por qué me has desamparado?...»

Eran estas las primeras palabras del salmo que compuso David profetizando esta hora. Y tal vez el Salvador fué diciendo o al menos sintiendo todo aquel salmo que tan perfectamente cuadraba a su actual disposición, como que para ella había sido hecho. Dice así el salmo profético:

»Dios mío! Dios mío! vuelve a mí tus ojos! ¿Por qué me has desamparado? Los gritos de mis culpas han alejado de mí la salvación».

«¡Dios mío! clamo durante el día y no me oyes! durante la noche y no hay consuelo para mí.

»Nuestros padres esperaron en tí y los libraste. Clamaron a tí y los salvaste. Pero yo soy un gusano, y no hombre, el oprobio de los hombres y la abyección de la plebe.

»Todos los que me ven se burlan de mí, abren sus labios y mueven su cabeza, *diciendo*: Esperó en el Señor; que le salve, puesto que le quiere.

»Sí, tú me sacaste del seno materno. Tú eres mi esperanza desde los pechos de mi madre.

»Desde el seno de mi madre fuí arrojado en tus rodillas; desde mi nacimiento eres tú mi Dios.

»No te separes de mí! porque la tribulación está próxima y no hay quien me socorra.

»Numerosos novillos me rodean, toros poderosos me acosan. Abren sus bocas contra mí como león que ruge y desgarrar.

»Me deshago como el agua que se escurre, y mis huesos

se desatan. Mi corazón como la cera se derrite en mis entrañas.

»Mi fuerza se seca como una teja, y mi lengua se pega a mi paladar. Me has reducido a polvo de sepulcro. Me rodean muchos perros; una tropa de criminales me asedia.

»Han taladrado mis pies y mis manos, y cuentan mis huesos, y me miran y contemplan.

»Se reparten mis vestidos, y echan suertes sobre mi túnica.

»Tú, Señor, no alejes de mí tu socorro; toma mi defensa.

»Libra, Señor, mi alma de la espada, y mi vida del poder de los perros. Sálvame de la boca del león, y libra mi debilidad de los cuernos del unicornio».

Tal fué la oración del Señor en el ara de la Cruz. En aquella ara todo estaba perturbado y cambiado. El Hijo de Dios pudo decir a su Padre: Tú oyes a todos menos a mí. Y en efecto Dios oye a los santos, Dios oye a los pecadores, Dios oye a los adúlteros y a los calumniadores y a los sacrilegos y a los ladrones, cuando acuden a él y esperan en él.

¿Cómo es esto? Es, dice el Crucificado, que sus culpas y sus crímenes apartan de él la misericordia divina. Pues ¿qué crímenes son ¡oh inocente Cordero! los tuyos? ¿qué pecados ve Jehová en tí, si tú eres incapaz de cometer ninguno?

¡Ah! este es el misterio de la humanidad redimida! Mis pecados y los de todo el género humano los has hecho tú tuyos. Y por eso es preciso que tú pagues por todos, y que no seas oído, como nosotros no merecíamos ser oídos.

Tú, sí, eres un gusano, tú eres el oprobio de la humanidad, tú eres el pecador, tú eres el maldito... *Maledictus qui pendet a ligno*. Y por eso «a tí que no conoces pecado te ha hecho el Padre víctima de pecado por nosotros», pues has tomado sobre tí nuestros pecados y te has vestido de ellos.

Y en cambio yo soy oído, yo soy atendido y perdonado, porque yo, una vez blanqueado mi vestido con tu sangre, soy inocente, soy santo, soy justo, soy hijo de Dios.

¡Oh! bendito seas tú, Hijo de Dios, que te hiciste pecador por mí, para que yo pecador fuese hecho hijo de Dios gracias a tí.

Por eso eres tú desamparado como yo debería haberlo sido, y por eso yo soy defendido y guardado como deberías tú haberlo sido.

## 288. LA SED DEL SEÑOR

## QUINTA, SEXTA Y SÉPTIMA PALABRA

## MUERTE DE JESÚS

(J. 19, 28-30; L. 28, 45-49; Mc. 15, 35-41; Mt. 27, 47-56)

La hora final se acercaba. Ya las profecías acerca de Jesucristo se iban todas cumpliendo, y cuanto en el libro de la Ley estaba escrito acerca del Mesías se estaba consumando. Los tormentos seguían aumentando cada vez más en Jesucristo, ya que él no sufrió como otros desmayo ninguno, ni letargo. Y cuando tal vez los ladrones habían desfallecido y perdido el sentido, Jesucristo lo mantenía despierto del todo.

Y sin duda que muchos tormentos había de sufrir en la cruz el que, como dice muy bien Santo Tomás, padeció todo y de todas las maneras que puede sufrirse. Porque, dice, padeció de gentiles y judíos, de hombres y mujeres, de príncipes y ministros, de plebeyos, de familiares y conocidos; padeció en sus amigos, en la fama, en el honor y la gloria, en sus cosas y vestidos; en el alma tristeza, tedio, temor; en el cuerpo azotes y heridas; padeció en todos sus miembros, cabeza, manos, pies, rostro, pecho, y en todos sus sentidos, etc., etc.

De nada, sin embargo, buscó alivio, no se quejó de nada sino de la sed.

Apenas había pronunciado aquellas palabras: Eloi, Eloi! Lamna sabacthani? algunos de los judíos que estaban allí presentes, o porque no entendieron el grito de Nuestro Señor, o porque quisieron reirse con algún equivoco de él, habían dicho con risa:

«—¡Vaya! ese llama a Elías».

Y casi enseguida, Jesús, sin darse por entendido de aquella malicia, bajó la voz y como hablando a los guardias dijo:

«—Sítio. Tengo sed».

No era que buscara alivio a sus dolores; sino que sabía que estaba escrito de él que le darían vinagre en su sed, y por eso sabiendo que todo lo demás estaba cumplido y consumado, para que también esto poco que faltaba se consumara, dijo: «Tengo sed».

Y tenían allí los guardias un vaso lleno de vinagre y agua, como lo acostumbraban para los crucificados, y uno de los soldados en cuanto oyó la palabra de Jesús, se levantó a toda prisa y cogiendo una esponja la empapó en vinagre, la clavó en una caña de hisopo, que lo más tendría medio metro, y alzándola se la dió a gustar. Pero sus camaradas le decían:

«—Déjale, a ver si viene Elías a librarle».

Y él también, a su vez, dándole a entender que era para ello preciso sostenerle la vida, les respondió:

—Pues eso, «dejadme, a ver si llega Elías a desclavarle».

«Apenas recibió Jesús el vinagre, dijo:

»—*Consummatum est*. Cumplido está. Se acabó.

»Y de nuevo clamando con grande voz dijo:

»—Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

»Y diciendo esto, inclinando su cabeza, entregó su espíritu».

«Y al punto el velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo, y la tierra tembló, y los peñascos se hendieron. Y los sepulcros se abrieron, y muchos cuerpos de los santos, que reposaban, resucitaron. Y saliendo de los sepulcros después de la resurrección de Jesús, entraron en la Ciudad Santa, y se aparecieron a muchos.

»Y el Centurión que había estado de frente, viendo lo que había sucedido y cómo había muerto exclamando de aquel modo, glorificó a Dios diciendo:

«—Verdaderamente Hijo de Dios era este hombre.

»Y los que a sus órdenes estaban guardando a Jesús, viendo el terremoto y todo aquello que sucedía se llenaron de pavor y dijeron:

»—Verdaderamente éste era Hijo de Dios.

»Y toda la turba que reunida asistía a este espectáculo y veía lo que pasaba se volvía dándose golpes de pecho».

Todo esto debió pasar rapidísimamente. Después de las tinieblas, que debieron comenzar hacia la una, y de la des-

pedida de su Madre, que fué poco después, Jesucristo se sumergió en un silencio de contemplación que duró bastante: tal vez hora y media o dos horas. Durante todo ese tiempo, no advirtiéndose novedad se distrajeran los soldados, languideció la curiosidad de las turbas, que por otra parte asustadas se habían en gran parte retirado, y prolongándose el silencio disminuyó en todos naturalmente la atención. Como tampoco los otros crucificados, que estaban aletargados, hacían otra cosa que lamentarse de vez en cuando, el espectáculo había perdido la mayor parte de su novedad.

De repente, y cuando todos estaban distraídos y cansados, Jesucristo dió aquel grito a su Padre, con el cual llamó poderosamente la atención de los que le oyeron. Pusieron todos en pie y alerta; el Centurión se levantó y se puso frente a frente de Jesús Nazareno, como espionando todos sus actos y movimientos, que ya le estaban llamando mucho la atención. Todos también se agolparon a observar lo que pasaba.

Entonces casi a continuación dijo Jesús sencillamente a los que le miraban: Tengo sed.

Al punto corrió un soldado caritativo y le presentó la esponja de vinagre.

Jesucristo la gustó, y dijo en seguida: Todo ha concluido ya.

Estremeciéronse al oírlo los circunstantes, y avivaron sus sentidos a ver la muerte de aquel misterioso crucificado.

Viéronle entonces que afirmándose en la cruz, levantó su frente al cielo, abrió sus ojos serenos, sonrió lleno de confianza, y no como quien muere, sino como quien sale a su triunfo, no como quien se rinde a la muerte, sino como quien es dueño de la muerte y de la vida, dió un tremendo grito que resonó en todo el Calvario y dijo:—¡Padre! en tus manos encomiendo mi alma.

Inclinó entonces soberanamente augusto la cabeza y murió.

Todo lo estaba mirando fijamente el Centurión muy de cerca y frente a frente, y junto a él los soldados de su compañía. Quedaron aún un momento observando, si en efec-

to había muerto. Y viendo que sí, rompió el Centurión su silencio con un hondo suspiro, diciendo:

—¡No cabe duda, este era Hijo de Dios, era lo que decía. Y sus soldados dándole la razón repitieron lo mismo diciendo:

—¡No cabe duda! así es. Este era Hijo de Dios.

Así murió Nuestro Señor Jesucristo. Murió porque quiso. Los tormentos, sí, bastaban para quitarle la vida; pero él bastaba para impedir la acción de los tormentos. Y en efecto estuvo prolongando su vida milagrosamente en medio de suplicios que le debían haber muerto mucho antes. Y cuando él quiso, espiró, o mejor dicho *dió su vida* que nadie se la hubiera podido arrebatarse, por la salvación del género humano.

¡Ved ahí la obra estupenda del amor divino! «Esta es, dice San Juan Crisóstomo, la primera razón de la pasión; que quiso Dios que se supiese cuánto amaba a los hombres, él que más quiere ser amado que temido».

Y el divino San Juan exclama: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo unigénito!»

Y el cristianísimo San Pablo escribe extasiado: «Me amó y se entregó a sí mismo por mí».

Y el amantísimo San Agustín dice confundido: «Más me amaste a mí que a tí, puesto que moriste por mí».

¿Qué valen junto a este Señor crucificado todos los demás argumentos para servir a Dios? Bien decía San Francisco Javier o quien quiera que fuese el que escribió estos divinos versos:

No me mueve, mi Dios, para quererte  
El cielo que me tienes prometido,  
Ni me mueve el infierno tan temido  
Para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte  
Clavado en una cruz y escarnecido;  
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido,  
Muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera  
Que aunque no hubiera cielo yo te amara,  
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,  
Pues aunque lo que espero no esperara,  
Lo mismo que te quiero te quisiera.

## 289. EL CORAZÓN ABIERTO

(J. 19, 31-37)

Turbados sin duda andarían los judíos con todas aquellas perturbaciones. Ni solo los que más animosos o más piadosos y curiosos presenciaban en el Calvario la muerte del Mesías, sino aun los que refugiados en la ciudad, sintieron sin embargo las señales de perturbación que sucedieron a la muerte de Jesús.

Porque el terremoto debió ser muy grande. Aun hoy día se muestra en la roca entre el sitio de la cruz de Jesucristo y del mal ladrón, una hendidura de 170 centímetros de larga con 25 de ancha. La cortina que a la entrada del *Sancta sanctorum* separaba el altar del pueblo y no se corría jamás, rasgóse de por sí de alto abajo dejando al descubierto el santuario. Los sepulcros, que se abrían por sí mismos, daban a entender que se preparaba alguna mudanza misteriosa, como efectivamente se vió después de la resurrección del Señor, que se aparecieron varios resucitados a sus amigos. En fin, toda la confusión que se originó de todos estos sucesos, traía despavoridos y confusos a todos los espectadores, que ya por las duraderas tinieblas estaban de antes perturbados.

Los judíos, satisfechos sus criminales intentos, estaban deseando que terminase todo aquel suceso, que ya se les convertía en cruel remordimiento y tremenda acusación de su injusticia. Con el pretexto, pues, de que al otro día era gran fiesta, porque no solo era sábado, sino que además era sábado de la semana de pascua, determinaron acelerar todo lo de Jesucristo cuanto pudiesen y quitar de la vista para siempre a aquel hombre, que desde que expiró en la cruz era ya su acusador implacable.

Fueron, pues, al Presidente y «le rogaron que quebrantasen las piernas a los crucificados y los retirasen» para que no quedase aquel espectáculo en el día de la fiesta.

No siempre fallecían pronto los crucificados. Vivían de